

# *La operatividad del paradigma esquemático-procedimental en el hecho discursivo*

Francisco José RUIZ DE MENDOZA IBÁÑEZ  
Universidad de La Rioja

José Luis OTAL CAMPO  
Universitat Jaume I, Castellón

## ABSTRACT

It is our purpose in this paper to study the relevance for a theory of discourse of what we shall refer to as the "schema-procedure" paradigm. We study the way this paradigm is related to a pragmatic theory of context and to a linguistic theory of communication. In order to do so, we address a number of issues bearing on knowledge organization and discourse principles. First, we defend the existence of global discourse principles, like the Coherence and Economy principles, as distinct from other local ones, like those in the tradition of Gricean pragmatics. Then, we discuss the relationship between pragmatics and cognition and try to see what profit can be gained from studying communicative behaviour as a cognitively relevant activity. Finally, we deal with the problem of how to describe our knowledge of the world. Here we propose a three-fold typology based on the relationship between knowledge and (i) language functions, (ii) discourse structure, (iii) basic linguistic categories.

## INTRODUCCION

El propósito que nos ocupará en nuestra exposición es el de estudiar la relevancia para una teoría del discurso de lo que denominaremos el «paradigma esquemático-procedimental»<sup>1</sup>. Estudiaremos cómo este paradigma se inserta e interrelaciona con una teoría pragmática del contexto y con una teoría lingüística de la comunicación. Para ello abordaremos, de manera global, un número de cuestiones como son la de los tipos de conocimiento, su interrelación, su importancia para una teoría

del discurso y los principios que moldean el comportamiento estratégico. Comenzaremos por trazar un bosquejo de los principios más generales sobre los que nos basaremos para nuestra concepción del discurso. Seguiremos con una descripción detallada de la relación entre pragmática y cognición, estudiando cómo ésta viene motivada por los principios de aquélla. Finalmente, trataremos el gran problema de la descripción de nuestro conocimiento del mundo, proponiendo no sólo como válida su formalización en esquemas de conocimiento, sino también una tipología tripartita del mismo, deducida a partir de su relación con las funciones del lenguaje, con su operatividad discursiva y con las categorías lingüísticas básicas.

## 1. CUESTIONES FUNDAMENTALES

Adoptaremos la convención, defendida por Brown y Yule (1983: 23-25), entre otros autores, de diferenciar texto de discurso, entendiendo por texto el registro verbal del acto comunicativo, y por discurso el proceso cuyo producto final es el texto<sup>2</sup>.

La ventaja de un enfoque dinámico del discurso es doble. En primer lugar, no se limita a lo que es inmediatamente perceptible, el producto textual, a diferencia de las teorías tradicionales de la cohesión (Halliday y Hasan, 1976), y así nos hace posible elaborar una teoría del significado con categoría psicológica. En segundo lugar, nos hace considerar el sistema lingüístico como un medio de recursos para significar en el marco de un contexto operativo amplio. El discurso pone en relación, fundamentalmente, unidades de información interrelacionadas y procedentes de diferentes sistemas informativos (además del lingüístico), como lo son el contexto de situación y el conocimiento del mundo.

Como se hace evidente por lo dicho hasta aquí, el discurso es un proceso de comunicación verbal en el que el lenguaje sirve como medio complementario (con otros, como los sistemas de gestos) de interacción social. Esta concepción interactiva del lenguaje se encuentra en la línea de gramáticas funcionales como las de Halliday (1978, 1985) y la de Dik (1989), si bien dichas gramáticas no se ocupan de explicar cuestiones como la coherencia textual y el modo de utilización discursiva de otros sistemas de información, que en el discurso interaccionan de forma estrecha con el lenguaje. En la orientación discursiva que aquí se propondrá estableceremos la existencia de un componente pragmático del lenguaje consistente en una serie de principios que regulan las opciones que el hablante efectúa dentro de otros sistemas: a) el de conocimiento declarativo (que luego denominaremos «esquemático»); b) el de parámetros situacionales y c) el gramatical. El componente pragmático será extrínseco a los demás sistemas de información.

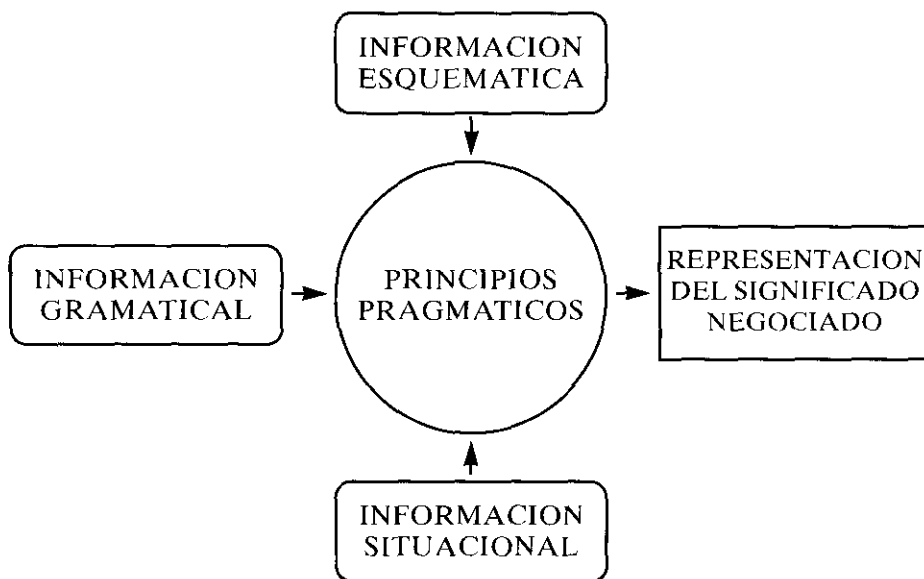


Figura 1

En la figura 1 se trazan los componentes esenciales de nuestro modelo. El componente pragmático consiste en principios de uso lingüístico en relación con variables situacionales y de conocimiento del mundo. La elocución se construye por la aplicación de dichos principios, que inducen al hablante a seleccionar diversas opciones del potencial de posibilidades que le ofrece la gramática de su lengua. Como es posible observar, el resultado del proceso discursivo es una representación mental de significado, lo que está de acuerdo con los hallazgos experimentales de la psicología cognitiva que muestran cómo el individuo tiende a olvidar la forma superficial de los enunciados —a no ser que efectúe un esfuerzo especial en sentido contrario— y a retener el significado<sup>3</sup>. La representación es de significado negociado, es decir, del acuerdo al que se ha llegado entre los interlocutores respecto al curso significativo de la conversación o del proceso discursivo en sí.

Más adelante comentaremos con más detalle cómo opera este *sistema de opciones* en el modelo discursivo. Ahora nos centraremos en los sistemas de principios del componente pragmático.

## 2. EL COMPONENTE PRAGMATICO: PRINCIPIOS Y PROCEDIMIENTOS

En psicología cognitiva y en la literatura computacionalista se ha hablado de la existencia de dos modos de conocimiento, el declarativo, fac-

tual y consciente, y el procedimental, operativo y caracterizado por su automatismo (Anderson, 1987; Rumelhart y Norman, 1985). Es evidente que todo conocimiento que suponga una reflexión consciente del sujeto se podrá clasificar, atendiendo a esta diferenciación, como declarativo, mientras que todo conocimiento que haya sido trasladado como hábito inconsciente es procedimental. Pero aquí conviene hacer algunas puntualizaciones. Gran parte de nuestro conocimiento relacionado con el lenguaje es automático. Rara vez nos paramos a efectuar lo que se ha denominado «juicios de metaconciencia» sobre nuestro modo de utilizar nuestra lengua, y sin embargo somos capaces de comunicarnos. Pero si se nos pide que reflexionemos sobre lo que hemos dicho o sobre cómo hemos dicho algo, es muy posible que podamos descubrir el mecanismo subyacente a nuestro automatismo. Es decir, que probablemente una gran parte del conocimiento que ponemos al servicio de la comunicación verbal es, en principio, conocimiento procedimental, pero lo podemos convertir, en mayor o menor grado, en conocimiento factual mediante un análisis posterior. En definitiva, ésa es la labor del lingüista al reflexionar sobre su objeto de estudio. Tal como la hemos expuesto, por tanto, la diferenciación no parece sernos muy útil, a no ser como declaración sobre el modo de funcionar de nuestra mente.

Pero podemos entender la distinción entre ambos tipos de conocimiento de otra forma. Tomemos, a modo ilustrativo, parte de un experimento llevado a cabo por Seifert, Robertson y Black (1985), en el que a un grupo de personas se les hizo un test de reconocimiento veinte minutos después de leer un relato breve sobre el heredero al trono de Provo (Francia), quien envenena al rey. Tengamos la siguiente secuencia:

*Corman was the heir to the throne of Provo*  
 (...)
 *He was so tired of waiting.*  
*He decided to poison the king.*

Los sujetos del experimento creían recordar que la siguiente oración aparecía en el texto en el lugar donde hemos situado los puntos suspensivos:

*He wanted to be king.*

Dicha oración expresa una inferencia más que plausible que el sujeto efectúa al dar coherencia al texto. La cuestión es saber cómo se ha llegado a la inferencia. En primer lugar, tenemos un hecho evidente: que los sujetos se ocuparon de interpretar coherentemente un texto y forjaron en su mente, por lo menos, una hipótesis interpretativa plausible. En nuestro modelo discursivo propondremos la existencia de un principio que da cuenta del hecho de que, ante cualquier texto, el hablante tiende a iniciar el pro-

ceso discursivo, y le daremos el nombre de *Principio de Coherencia*. Pero este principio por sí mismo no puede explicar la inferencia favorecida por los sujetos del experimento, ni siquiera alguna otra alternativa, sino que tan sólo da cuenta de un hecho discursivo global. Como veremos, debido a tal naturaleza, no es un principio local, sino más bien regulador de la comunicación en su conjunto.

Podemos partir del hecho de que existe una inferencia plausible y de que, para llegar a ella, el sujeto debe de haber seguido algún tipo de razonamiento más o menos automatizado. La rapidez de producción de la inferencia será la que determine el grado de automatización del conocimiento utilizado para llegar a la misma. Pero esto no afecta a la cualidad del mismo. Es decir, debemos separar el conocimiento declarativo del procedimental en virtud de algún otro criterio si es que dicha separación se puede fundamentar sólidamente.

La pragmática nos abre un camino para explicar cómo se producen inferencias como la señalada, más concretamente en este caso la teoría de la implicatura, tal como la formuló Grice (1975). Para el ejemplo propuesto, la aplicación de las máximas del Principio de Cooperación revela un posible sistema o procedimiento inferencial. Puesto que el texto es infrainformativo, está claro que se transgrede una de las máximas de Cantidad. El resultado de tal transgresión redundante en un efecto de expresión, lo que daría lugar al cumplimiento de otras máximas de otros principios de uso del lenguaje, como el Textual, propuesto por Leech (1983). La exploración realizada por el hablante en el juego entre máximas es, podemos conjeturar, parte de un sistema de procedimientos convencionalizados y automatizados en uno u otro grado, que el hablante despliega en el acto comunicativo. Más adelante propondremos un posible sistema procedimental para la interpretación de un texto como el anterior, si bien entenderemos que cada sistema es idiosincrásico (también hasta cierto punto) para cada hablante y que únicamente los principios de uso lingüístico, como las máximas del Principio de Cooperación, son convencionales y, por tanto, parte necesaria del sistema de principios procedimentales. Por tal razón, propondremos que dichos principios son el apoyo de determinados pasos o procedimientos que el hablante utiliza en el discurso por lo que se pueden calificar de «procedimentales», frente a otros, no procedimentales, como el de Coherencia antes mencionado, que no son parte de estrategias particulares sino totales, de aplicabilidad universal e invariable.

Hay que hacer notar que el pragmatista no necesita dotar de validez psicológica a su modelo de explicación del uso lingüístico. Se puede contentar con remitirse a lo observable y derivar consecuencias de ello. Por ejemplo, ésa parece ser la postura de Grice y de muchos filósofos del lenguaje, incluyendo a Kripke, Donnellan, Mill, Russell, y a los que propugnaron en su día la teoría de los actos de habla, como Austin y Searle. Se pueden explicar cuestiones como la referencia, la implicatura, los actos illo-

cutivos y otras de la pragmática sin necesidad de conceder validez psicológica a las explicaciones. Es suficiente con observar qué uso se ha dado o se puede dar (es decir, qué potencial de uso le es inherente) al lenguaje.

Sin embargo, existen pragmatistas como Sperber y Wilson (1986) que intentan enlazar y relacionar cognición con comunicación en el marco de una pragmática del uso lingüístico. Esta segunda postura puede comportar una doble ventaja: por una parte, permite dar mayor plausibilidad al modelo; por otra, permite ver qué puede aportar una teoría pragmática del lenguaje a una teoría psicológica, al revés de lo que se ha venido dando hasta ahora, donde parecía que era el psicólogo, e incluso el teórico de la Inteligencia Artificial el que podía decir más sobre el uso lingüístico<sup>1</sup>. Una teoría lingüística que incorpore una pragmática enfocada de esta forma puede llegar a ser muy valiosa como marco teórico previo al experimental.

Leech (1983) diferencia, en su bien conocido libro, principios de reglas, asignando a los primeros frente a las últimas un carácter más flexible. Por ejemplo, la violación de una regla gramatical, que es un ente absoluto, produce un error. La violación de un principio, que es escalar, produce la activación o cumplimiento de otro principio que contrarresta al primero, tal como hemos estudiado en nuestro ejemplo sobre el rey de Provo.

La coincidencia más destacada entre principios de uso lingüístico y reglas estriba en que ambos son convencionales y, en consecuencia, susceptibles de ser descritos. Eso es lo que, por ejemplo, intentó P. Grice al proponer su famoso Principio de Cooperación. Leech propone, en su estudio, unos principios adicionales, como los de Cortesía e Ironía, pertenecientes a lo que él denomina la «Retórica Interpersonal», y otros como los de Expresividad, Procesabilidad, Economía y Claridad, pertenecientes a la «Retórica Textual». No es este el sitio para explicar con detalle el modo de funcionamiento de todos estos principios y sus máximas, que el lector puede encontrar en la obra citada. Pero sí efectuaremos algunas indicaciones que son pertinentes para nuestro tratamiento del fenómeno discursivo.

Las dos retóricas son dos sistemas de uso del lenguaje con determinado propósito comunicativo. La Interpersonal estudia cómo por medio del lenguaje se regula la interacción social, cómo realizamos nuestras metas en relación con nuestros interlocutores. La Textual revela preferencias estilísticas en el uso del abanico de recursos que proporciona el sistema lingüístico. Por ejemplo, podemos sacrificar la claridad y procesabilidad de un mensaje en pro de cierto efecto estético. Podemos relacionar los principios de la Retórica Textual de manera muy clara con los recursos textuales que Halliday propone en su gramática sistémica:

*Procesabilidad*: sistemas de tematización e información (ordenación adecuada de las partes del mensaje y segmentación en unidades).

*Economía:* procedimientos de referencia, substitución, clipsis y conjunción (reducción de la cantidad de tiempo necesaria para codificar y descodificar).

*Claridad:* procedimientos contrarios a los de economía (aumentan la cantidad de tiempo necesaria para la codificación/descodificación, pero aportan un mensaje más explícito).

*Expresividad:* cualquiera de los procedimientos anteriores, dependiendo del efecto estético que quiera lograr el emisor.

Lo mismo se puede decir de la Retórica Interpersonal. Los recursos de modalidad (probabilidad y posibilidad neutras, tentativas, asertivas, etc.) expresan posibilidades codificadas en el sistema para lograr determinados efectos ilocutivos. Por ejemplo, el adverbio *probably* expresa probabilidad neutra, frente a *presumably*, que es más tentativo, o *predictably*, que es claramente asertivo. Una forma como *presumably* pone en cumplimiento la máxima de Tacto («minimize cost to other/maximize benefit to other») del Principio de Cortesía de Leech, de forma explícita, es decir, codificada en el sistema lingüístico. Una presunción puede, en determinados contextos, descargar a alguien de una culpa.

Pero las máximas son operativas de modo inferencial también. Por ejemplo, pueden existir claves situacionales o de conocimiento previo que induzcan al hablante, por motivos pragmáticos, a no marcar explícitamente el tono de su intervención. Supongamos estas variantes de una conversación, donde Bob y Tim son hermanos:

- (1) Mother: Who broke the window?  
Bob: Tim did. I just saw him run away.
- (2) Mother: Who broke the window?  
Bob: I just saw Tim run away. You ask him.

y comparémoslas con los textos que siguen:

- (3) Presumably Tim broke the window and then ran away.
- (4) Tom broke the window and then ran away.

En (1) la acusación es explícita. Se cumplen las máximas de Cantidad y Calidad del Principio de Cooperación, pero se viola la máxima de Tacto del Principio de Cortesía. En (2) la violación de la máxima de Tacto no se cumple en el mismo grado que en (1), al ser la respuesta de Bob más indirecta, pero se sigue logrando prácticamente el mismo efecto acusatorio, con la diferencia de que Bob siempre puede, de haberse equivocado, aducir que él no ha acusado a nadie, ateniéndose a la versión explícita de su intervención. La utilización de *presumably* en (3) frente a (4), convierte a (3) en un (cua-

si-)sinónimo pragmático de (2) en lo que respecta a la variable del tacto, sólo que en este caso se ha utilizado explícitamente un recurso del sistema.

Los principios de uso que propone Leech serían «principios discursivos procedimentales», de acuerdo con los criterios de nuestro paradigma. Son procedimentales porque constituyen parte operativa de los sistemas de estrategias de uso lingüístico (incluyendo modos de efectuar inferencias, asignación de referentes, etc.) que emplea el hablante. Los principios son convencionales, mientras que las estrategias representan modos operativos libres basados en aquéllos.

Pongamos un ejemplo de cómo un hablante puede construir una estrategia (automatizable) a partir de los principios conversacionales de corte procedimental. Tengamos un famoso ejemplo de Grice (1975/91: 311) en el que un estudiante requiere que se escriba un informe sobre él para solicitar un puesto de filosofía:

(5) «Dear Sir, Mr. X's command of English is excellent, and his attendance at tutorials has been regular. Yours, etc.».

De acuerdo con la explicación que ofrece el propio Grice, de este texto se infiere lo siguiente:

(5')

- Que el que escribe el informe (llamémosle A) no se ha podido negar; si no, no habría escrito nada.
- Que, puesto que A escribe sobre su alumno, A habría podido decir más.
- Que, probablemente, A sabe que, para unas referencias para un trabajo, se necesita más información que la que él proporciona.
- Que, en consecuencia, A debe de estar deseando dar información que es reactio a poner por escrito.
- Esta última suposición sólo se mantiene si A piensa que X no es bueno en filosofía.

Leech (1983: 136) interpreta, además, que A se muestra poco dispuesto a dar por escrito su opinión en cumplimiento de una máxima de la Retórica Interpersonal, la que el denomina «Máxima de Aprobación» («minimize dispraise of other/maximize praise of other»).

Tenemos en juego, pues, al menos dos máximas, una de Cantidad, que es violada, y la de Aprobación que se mantiene intacta por motivos de cortesía. (Téngase en cuenta que el profesor del ejemplo de Grice podría haber optado por ser descortés y haber dado información negativa sobre su alumno). Estas dos máximas se pueden interpretar como procedimientos dentro de una estrategia inferencial global, lo que es posible de-



bido al carácter directivo con que aparecen enunciadas, aproximadamente como sigue:

*Cantidad:* Haz que tu contribución sea tan informativa como se requiera

*Aprobación:* Minimiza el desprecio hacia el otro

Pero es evidente, por el análisis realizado hasta aquí, que la operatividad procedimental de las máximas se basa en la utilización de información proveniente de otras fuentes. Haremos aquí referencia a las «funciones pragmáticas» de la Gramática Funcional de Dik (1978). Por funciones pragmáticas se entiende las que especifican el 'status' informativo de un mensaje en su entorno comunicativo. Para su operatividad se necesitan tres fuentes de información que emisor y receptor comparten en cierto grado:

- (i) Información a largo plazo sobre el mundo.
- (ii) Información situacional percibida o experimentada por los participantes en la interacción.
- (iii) Información del contexto lingüístico anterior.

Al primer tipo de información nos hemos referido ya con el nombre de «información esquemática», adoptando la terminología de la Inteligencia Artificial y la psicología cognitiva. La razón de llamarla «esquemática» estriba en que no es información caótica sino relacionada, conformando en la mente del hablante, unidades de algún tipo. Como es bien sabido, existen muy diversas propuestas -que aquí no examinaremos- de composición esquemática, siendo las más conocidas los «marcos» de Minsky (1975), los «guiones» de Schank y Abelson (1977) y los «esquemas» de Winograd (1977). Más adelante volveremos sobre el tema del conocimiento esquemático.

El segundo tipo de información es situacional. Es interesante resaltar que ésta se ha de considerar en función de cómo es percibida por el emisor y el receptor. En ningún modo es información objetiva, sino interpretada. En este punto podemos avanzar la hipótesis de que los patrones de organización —para su uso durante el discurso— de la información situacional percibida coincidan con los de organización de la información esquemática. Es decir, que nuestros esquemas de conocimiento influirán en la manera de entender el contexto de situación y esto ha de afectar al desarrollo del discurso.

La información textual anterior trasciende a lo que se denomina información explícita, aun cuando Dik no parece tener en cuenta este hecho. Durante el discurso, como proceso activo, se producen numerosas inferencias, que probablemente se registran proposicionalmente en nuestras mentes (en memoria de corto plazo), cuestión a la que ya nos hemos referido. De tal manera, sería preferible hablar de información discursiva previa como un añadido a la puramente gramatical o textual.

El modo de acceso a estas fuentes de información ha de constituir también parte del sistema de estrategias discursivas del hablante, con lo que el número de procedimientos discursivos aumenta. Es obvio que el sistema de estrategias del hablante ha de estar organizado funcionalmente de forma práctica. Podemos, por eso, postular que ha de ser un sistema que tienda de lo genérico a lo específico, es decir, que sea económico. El *Principio de Economía* es probablemente un principio tan fundamental como el de Coherencia, antes citado. También es un principio «no procedimental», en el sentido de que es previo a los sistemas de estrategias que se ponen en operación durante el discurso. Se aplica siempre y tiende a hacer del discurso una actividad que conlleve el mínimo esfuerzo.

El discurso es tanto más económico cuanto menor sea la complejidad de las dos variables ajenas a la información previa del individuo, esto es, la textual y la situacional. Un segundo factor a tener en cuenta es el esfuerzo inferencial suplementario: el discurso será también más económico en función de que sea necesario un menor empleo de las máximas de los principios de las retóricas Interpersonal y Textual. Así, pues, la estrategia discursiva más económica será aquella que dirija al hablante a hallar la relación más directa entre texto y contexto. Esta estrategia llevará a un mínimo indispensable el uso de las máximas retóricas.

Hay que tener en cuenta que hemos establecido una relación de equilibrio discursivo entre texto, esquemas y situación (es decir, entre texto y contexto). Un mayor grado de complejidad textual requerirá una mayor activación de información contextual con el fin de aliviar el proceso de decodificación lingüística. Por otra parte, una falta de relación directa y nítida entre texto y contexto (situacional o esquemático) llevará a un fuerte aporte inferencial mediado por el empleo de principios procedimentales de uso lingüístico.

Dar cuenta de la existencia de la interdependencia texto-contexto nos lleva, por tanto, a postular dos *estrategias genéricas* que se contrapesan: una primera [1] consistirá en aportar el mínimo de información esquemática y situacional necesaria para convertir al texto en informativamente relevante; en el polo opuesto, la estrategia genérica complementaria [2] procederá a la inversa, es decir, partiendo de una estructura esquemática a la que se ha incorporado un fuerte aporte de rasgos situacionales interpretados y concediendo menos importancia al texto en sí. Esta segunda estrategia conduciría a usar el texto de forma parcial.

Postularemos además, en función del Principio Discursivo de Economía, que si una estrategia global o genérica permite al hablante interpretar satisfactoriamente (a su juicio) una porción de texto, éste proseguirá el discurso normalmente, aunque en ningún caso, por el Principio de Coherencia, elevará la interpretación a definitiva hasta que se haya concluido el proceso. Esto se debe a que el hablante sabe que puede encontrar información adicional que le haga revisar hipótesis de interpretación anterior-

res. Vemos, pues, que ambos principios discursivos controlan toda la actividad desde su comienzo hasta el final.

En caso de que una estrategia global no permita al hablante participar satisfactoriamente en el proceso discursivo, éste activará sistemas de estrategias más específicos, idiosincrásicos e investigables de manera experimental. Ha de tenerse en cuenta que cuanto más específica sea una estrategia, implicará un mayor uso de principios procedimentales y, por tanto, una mayor complejidad e idiosincrasia, hasta tal punto que ciertos procesos discursivos se pueden llegar a convertir en una cuestión de tanteo, lo que es natural en un fenómeno que viene esencialmente motivado por la negociación activa del significado.

Las estrategias globales no son útiles más que de forma muy limitada para el hablante, como puede ser en el caso de procesos discursivos no complejos, es decir, en los que la cantidad de rasgos contextuales e información textual sea sumamente simple. Pero también es posible que se apliquen en casos de discursos complejos en los que el hablante no desea participar más que de manera superficial, como al hojear rápidamente los titulares de un periódico mientras se toma el desayuno, o al escuchar de forma distraída una conversación que no atrae demasiado nuestro interés.

En Widdowson (1984: 109) encontramos un posible ejemplo de estrategia para el procesamiento que se basaría en los siguientes procedimientos:

1. Centrar la atención en los ítemes léxicos
2. Asumir que dichos ítemes se asocian entre sí de forma típica
3. Si el procedimiento (2) no funciona, centrar la atención en la sintaxis.

Significativamente, Widdowson intenta encontrar cierta justificación para su propuesta en el marco de la investigación psicolingüística. Así, nos dice que Slobin (1966) observa que las pasivas «no reversibles» del tipo *The flowers are being watered by the girl* se entienden y se recuerdan con más facilidad que las «reversibles» del tipo *The boy was hit by the girl*. La secuencia *flowers-water-girl* nos permite inferir el significado sin recurrir a la sintaxis, mientras que no ocurre lo mismo con la secuencia *boy-hit-girl*. No es factible que la flores rieguen a las niñas, pero es tan factible que los chicos peguen a las chicas como a la inversa. Así, pues, la estrategia consistiría en centrar predominantemente la atención sobre las claves léxicas.

Esta suposición es compatible con nuestra propuesta de una estrategia genérica en la que se da más importancia al contexto, pero no excluye la estrategia [1] como estilo de procesamiento económico.

Por último, es necesario apuntar que la aplicación del Principio de Coherencia Discursiva contrarresta la tendencia del hablante hacia la economía de procesamiento, al menos en un sentido. El hablante intentará lograr coherencia con el menor costo posible, pero será la medida del deseo

de lograr coherencia (y el grado de coherencia) lo que en ocasiones obligará a actuar de forma menos económica, por ejemplo, supliendo inferencias. Ahora bien, el Principio de Economía nunca se abandonará debido a que el hablante tenderá siempre a suplir el mínimo indispensable de inferencias. Por otra parte, queda recordar que la aplicación de las estrategias [1] y [2] entraña una decisión que depende de objetivos de participación discursiva y viene ligada, por tanto, a tipos específicos de discurso, como los reseñados más arriba. El propio Principio de Economía dictará la necesidad de no emplear estrategias demasiado genéricas donde se presume que esto va a resultar improductivo.

El Principio de Coherencia nos demanda, para la interpretación adecuada del texto (5) en su contexto, el tener que suplir las inferencias apuntadas en (5'). Estas se logran aplicando una serie de procedimientos guiados parcialmente por principios de uso lingüístico. Para ver cómo se insertan éstos dentro del sistema procedimental global que compone una estrategia, se propone a continuación una posible estrategia de procesamiento textual. Es una estrategia específica:

1. Buscar información contextual
2. Asumir que la información textual es relevante respecto al contexto
3. Si la información textual pierde relevancia en algún sentido (por la violación de alguna máxima pragmática) intentar establecer la naturaleza del principio violado.
4. Calcular cómo la violación de un principio activa otros posibles en función de la información textual y contextual.
5. Decidir una interpretación plausible.

Hasta ahora hemos estudiado los principios de «Economía» y «Coherencia» como reguladores globales de la actividad discursiva, frente a los principios procedimentales, de naturaleza más local. Existe una cierta relación entre la naturaleza de ambos principios y la denominada «Teoría de la Relevancia» de Sperber y Wilson (1986). Estos autores parten de la observación trivial de que, en general, el ser humano tiende a prestar más atención a unos fenómenos que a otros: reparamos más en aquello que nos resulta relevante. La importancia de esto para una teoría de la comunicación verbal radica en que, al comunicar algo, tenderemos a proporcionar preferiblemente aquella información que presumamos que va a ser relevante para los receptores de nuestro mensaje. A la inversa, el receptor de un mensaje presumirá que el emisor ha pretendido dar información relevante o, de lo contrario, no la habría producido. El Principio de Relevancia se resume así (Sperber y Wilson 1986: 158):

*Every act of ostensive communication communicates the presumption of its own optimal relevance.*

Se produce mayor relevancia cuanto mayor es el efecto contextual de una información, pero disminuye en relación con la cantidad de esfuerzo de procesamiento necesario para lograr dicho efecto. Una elocución será más relevante, por tanto, cuanto mayor efecto contextual consiga con un menor costo de procesamiento. El costo de procesamiento depende de la complejidad lingüística del texto así como del número de inferencias e información que el hablante tenga que suplir.

Para Sperber y Wilson el principio de la relevancia es un criterio pragmático suficiente para explicar la comunicación. Sin embargo, es evidente, a la luz de nuestro tratamiento del paradigma esquemático-procedimental, que no puede ser así. No podemos medir la eficacia del discurso únicamente en términos de lograr el mayor efecto contextual. Por ejemplo, decir que para interpretar el texto (5) basta con presumir que el emisor ha querido dar información relevante no nos ayuda a captar por qué es tan poco informativo. Para este propósito, debemos conocer el juego pragmático entre principios procedimentales de uso lingüístico, lo que sirve de apoyo al sistema de estrategias discursivas locales.

### 3. TIPOLOGIA DEL CONOCIMIENTO ESQUEMATICO

De forma muy somera, nos referiremos ahora al conocimiento del mundo tal como se organiza en la mente del individuo. Partiremos de la presunción de que organizamos éste de manera que pueda usarse eficazmente, lo que supone una aplicación del Principio de Economía en un ámbito externo al discurso pero claramente favorecedor del mismo. Serán, por tanto, los condicionantes del uso lingüístico los que, hasta cierto punto, determinen la configuración de nuestros esquemas de conocimiento declarativo. Esto equivale a efectuar un enfoque funcionalista de la cognición.

Tal enfoque se encuentra en consonancia con hipótesis cognitivistas como la de Lakoff (1987), según la cual, existe correspondencia entre una tipología de categorías lingüísticas y las categorías cognitivas en general, lo que se opone a los presupuestos tradicionales de teorías lingüísticas formalistas como la de Chomsky. En nuestra teoría, concebida de forma aún más amplia, lo que postularemos es que debe existir una correspondencia entre categorías funcionales, lingüísticas y cognitivas. Nos basaremos parcialmente en el estudio de Ruiz de Mendoza (1993), atendiendo a las siguientes relaciones:

- a) La relación esquemas/macro-funciones del lenguaje.
- b) La relación esquemas/organización discursiva.
- c) La relación esquemas/categorías lingüísticas básicas.

En (a) se atiende a una extensión del paralelismo efectuado por Halliday entre componentes gramaticales y funciones del lenguaje. Para este

autor existen tres grandes macro-funciones del lenguaje, la ideativa, la interpersonal y la textual, que se reflejan en tres niveles de descripción gramatical (transitivo, modal y textual). En Widdowson (1990) se sugiere la posible existencia de esquemas de tipo *ideativo* y de tipo *interpersonal*, sobre la base de que el sistema de organización cognitivo del individuo viene influido por su operatividad. De acuerdo con la línea de nuestra exposición, suponer el triple paralelismo sistema (lingüístico)/funciones/organización del conocimiento cumple con el principio de economía cognitiva y pone en relación los tradicionales niveles signico, referencial y conceptual, de la semiótica.

El problema fundamental, sin embargo, es el de establecer el parangón adecuadamente. Podemos observar, en primer lugar, que Widdowson omite la posibilidad de hablar de «esquemas textuales», pues considera poco afortunado postular una «función textual» del lenguaje (Widdowson, 1984). Es fácil defender que el lenguaje tiene la función de organizar nuestras experiencias sobre la realidad, así como de servir de medio de interacción, pero es más difícil mantener que el lenguaje cumple la función de transmitirse a sí mismo por medio de textos<sup>5</sup>. En lugar de las tres funciones de Halliday, Widdowson propone dos: la conceptual, equiparable a la ideativa, y la comunicativa, que resumiría aspectos de la interpersonal y la textual. Lo que este autor engloba bajo la etiqueta de «función comunicativa» se corresponde estrechamente con las dos retóricas de Leech (1983). Podemos pensar, por tanto, que la función comunicativa es esencialmente procedimental. Si esto es así, no podemos hablar de esquemas interpersonales y textuales, sino más bien, como hemos venido haciendo, de «procedimientos» interpersonales y textuales.

Sin embargo, existe un modo de conocimiento declarativo (no procedimental) que se puede denominar «interpersonal», lo que nos permite postular la existencia de esquemas interpersonales de conocimiento. Estos incluirían conocimiento declarativo sobre convenciones y roles sociales, frente a los puramente ideativos que se basarían en la descripción de objetos conceptuales, procesos y estados. Pongamos un ejemplo. Supongamos la escena de un restaurante en la que llamamos al camarero y le pedimos que nos sirva determinado plato. La activación del esquema general para restaurante incluiría la información ideativa sobre posible mobiliario (mesas, sillas, mostradores, velas, camarero, cliente), acciones (entrar, sentarse, pedir, pagar) y cierta disposición normal de los objetos (las botellas en los estantes, los menús y cubiertos sobre las mesas, etc.). Pero a estos elementos ideativos (cada uno de los cuales es un subesquema del general) podemos añadir nuestro conocimiento sobre las convenciones sociales asociadas a relaciones interpersonales como las de cliente/camarero, camarero/cocinero, dueño/camarero, etc. Diríamos que existe, del esquema de restaurante, un subesquema interpersonal, que también determinará en parte la naturaleza de nuestras estrategias discursivas. Comparemos los diferentes

procedimientos interpretativos implicados en (6) frente a (7), ambas elocuciones dichas por el cliente al camarero:

- (6) A salad, please.  
 (7) Bring me a salad immediately!

Lo dicho en (6) parece normal de acuerdo con las convenciones sociales asignables a la relación cliente/camarero, mientras que la orden de (7) nos haría interpretar una clara violación de la Máxima de Tacto del Principio de Cortesía (justificable o no según el contexto).

En (b) la tipología atiende al tipo de relaciones discursivas que regula un esquema. Diferenciaremos entre *micro-esquemas* y *macro-esquemas*. Los primeros son objetos conceptuales con variables abiertas que se completan según lo exijan las necesidades del discurso. Por ejemplo, de un restaurante la información mínima *distintiva* es que es un lugar donde se puede adquirir una comida, de una lavandería donde se paga para que se nos lave la ropa, de una peluquería donde se contratan los servicios de alguien para que nos arregle el pelo. Esta información es muy difícil de formalizar en términos de rasgos al modo de las teorías lingüísticas componencialistas, pero es tan pertinente para la descripción como los rasgos [+unmarried, +male] para definir *bachelor*. Diremos que esta información básica y distintiva constituye parte de lo que denominaremos el *núcleo prototípico* de un micro-esquema.

Un segundo tipo de información a incluir en este núcleo micro-esquemático es información *típica* pero no distintiva. El único problema que la noción de «tipicalidad» presenta es el de la cuantificación. Podríamos decir que un elemento esquemático es tanto más típico cuanto que convencionalmente sea aceptado así por el conjunto de individuos que integran un sistema social. Esta definición de tipicalidad, sin embargo, no está exenta de problemas, pues no existen convenciones semánticas unánimes. La única forma de enfrentarse al problema es admitiendo el fenómeno discursivo de *negociación del significado*, por el que al final del discurso, si ha habido comunicación y en la medida en que ésta se haya logrado, se habrá establecido un acuerdo entre los diversos participantes respecto a qué elementos forman parte de cada esquema implicado. Por ejemplo, podemos decidir si es pertinente discursivamente utilizar elementos, posiblemente típicos, como «mesas», «cubiertos», «camareros», etc. En algunos discursos sobre restaurantes estos elementos y otros del mismo tipo pueden ser irrelevantes, mientras que puede también ocurrir que necesitemos incluir, por cualquier motivo discursivamente determinable, otros atípicos. Como ilustración de esto último tengamos la elocución:

- (8) John went to the launderette. The waiter brought him a menu.

La atipicalidad de la relación «menu»/«launderette», en (8) motivaría, salvo que exista ya un contexto mutuo especial entre emisor y receptor, una re-

acción de extrañeza que habría de ser resuelta con más información. (Aunque parezca exagerado, se puede pensar en un contexto en el que un mismo dueño posee una lavandería y un pequeño negocio de comidas adyacente, que tiene amistad con John y le permite acceder al comedor desde la lavandería.)

También es necesario señalar que es tanto el poder de la negociación de significado que es posible alterar la información que hemos denominado «distintiva» y redefinir semánticamente cualquier vocablo, aun cuando sea de forma transitoria para determinados propósitos discursivos. Este es el fundamento, entre otras cosas, de la metáfora.

Extrínsecos al núcleo prototípico, existe la posibilidad de hallar rasgos o elementos que se activen durante el discurso y que no sean ni típicos ni distintivos del esquema. Estos elementos constituyen lo que denominaremos la *periferia* del esquema y, en principio, son ilimitados, pues su inserción en éste dependerá únicamente de su compatibilidad con el mismo, dado un Universo de Discurso (o contexto, o mundo posible). Así, mientras que una caja registradora, cubiertos, manteles, servilletas, camareros, etc., constituyen elementos típicos (con diversos grados de tipicalidad) del esquema de restaurante, otros objetos, como persianas, paredes, cojines, o una chimenea son sólo compatibles (con diversos grados de compatibilidad) con el esquema. Suelen proceder de esquemas superordinados o relacionados por algún rasgo en común con el que se activa (por ejemplo, el elemento «paredes» proviene del esquema de «edificio»). Otros posibles elementos, también periféricos, son aquellos que, no procediendo de esquemas relacionados, se incorporan al esquema en curso con diversos grados de compatibilidad, por razones discursivas, como, por ejemplo, un elefante o una apisonadora. En tales casos, es necesaria la presencia de una negociación en lo que respecta a la configuración del contexto o mundo posible en que han de interpretarse.

Lo que hemos denominado macro-esquemas son esquemas genéricos de tipo organizativo en los que se inserta cualquier ordenación micro-esquemática estereotipada. El tema de la organización macro-esquemática merece más investigación de la que aquí se va a exponer. Sin embargo, podemos proponer para su consideración dos ejemplos de estructura macro-esquemática: las gramáticas de la narración y los módulos cognitivos de planes+objetivos. Las primeras han sido estudiadas, en relación con la investigación psicología del procesamiento textual, por diversos autores, entre ellos Rumelhart (1975), Stein y Glenn (1979) y Thorndyke (1977). En cuanto a los segundos, podemos referirnos, muy claramente, al tratamiento de la cuestión ofrecido por Schank y Abelson (1977) en el terreno de la Inteligencia Artificial. De hecho, estos módulos se incorporan en las gramáticas de la narración, aun cuando se les puede conceder identidad macro-esquemática aparte por motivo de su aplicabilidad fuera de esquemas puramente narrativos. Esto se debe a que podemos, en general, conceptualizar el comportamiento humano en términos de objetivos



más o menos conscientes o más o menos indeterminados (véase Ruiz de Mendoza, 1991).

Si tomamos como modelo la gramática de la narración de Thorndyke, vemos que su estructura general es:

Setting + Theme+ Plot + Resolution  
(Marco+ Tema+ Trama+ Solución)

El marco se subdivide en personajes, lugar y tiempo. El tema en uno o más acontecimientos y un objetivo global. La trama consta de episodios que se componen de subobjetivos, intentos de solución y consecución. La consecución de uno o más subobjetivos da lugar a la solución del objetivo global. Este esquema permite acomodar la información (explícita e implícita) procedente de cualquier texto orientado en función de objetivos. Tengamos, por ejemplo, la siguiente oración (Ruiz de Mendoza, 1993:40-41):

(9) Peter went to the restaurant. The waiter brought him the menu.

Marco = restaurante

Personajes = Peter, camarero

Lugar = restaurante

Tiempo= pasado

Tema = acontecimiento + objetivo global

Acontecimiento = [Peter tiene hambre]

Objetivo global = [satisfacer hambre]

Trama = episodio(s)

Episodio = subobjetivo + intento + consecución

Subobjetivo = [conseguir el menú]

Intento = [llamar al camarero] o  $\emptyset$

Consecución = el camarero trae el menú

Resolución = estado (posible)

Estado = [Peter puede satisfacer hambre]

Si trabajamos únicamente dentro de los límites de un análisis micro-esquemático, parece claro que el peso de la activación esquemática recaería sobre *restaurant*. La coherencia discursiva se fundamentaría en la coincidencia y/o compatibilidad que se pudiera establecer entre los diversos componentes del esquema y la información que proporciona el texto. (La mayor o menor plausibilidad de las hipótesis sobre coherencia dependería de la naturaleza de dichas relaciones). Así, una oración como (10) sería juzgada, en principio, como menos coherente, aun cuando la flexibilidad del micro-esquema obligaría a la adaptación provisional del elemento no típico (*roses*) en su estructura:

(10) Peter went to the restaurant. The waiter brought him the roses.

Ahora bien, operar de forma exclusiva en un nivel de activación micro-esquemática, aun cuando esto permitiría lograr coherencia, entrañaría, sin embargo, el problema de que se atenta directamente contra el Principio de Economía. Para conservar este principio esencial se hace necesario postular la existencia de categorías esquemáticas globales. El macro-esquema es el encargado de generar expectativas discursivas más generales que alivian la carga de activación micro-esquemática. Tanto para (9) como para (10), el macro-esquema nos dice que Peter fue al restaurante por alguna causa. Esto dirige la activación específica de ciertos elementos de información del micro-esquema para restaurante frente a otros que así permanecen sin activar por no ser inmediatamente necesarios para el discurso. Por ejemplo, se puede activar la información distintiva de que a un restaurante se va para comer, lo que generaría, en interrelación con el macro-esquema, la hipótesis, altamente probable, de que el objetivo global de Peter es comer. Para (9), esta hipótesis se ve reforzada por la información subsiguiente, como se desprende del análisis macro-esquemático sugerido arriba. Para (10), esta hipótesis ha de ser descartada o, al menos, mantenida en suspenso en espera de nueva información que resuelva la aparente falta de coherencia.

Todas las inferencias que en el análisis se presentan entre corchetes suponen una interpretación cerrada al final del proceso discursivo. Cualquier otra información co-textual subsiguiente o incluso presunciones previas que el hablante posea o forme durante el proceso discursivo inciden en el tipo de información esquemática activada. Por ejemplo, si entre nuestras presunciones se encuentra que el camarero había prometido a Peter que le guardaría un momento un ramo de rosas mientras éste iba a un recado (conocimiento situacional), esta información nos permitirá establecer las relaciones de coherencia discursiva para (10) desde la perspectiva de un diferente objetivo global.

Parece posible concluir, por tanto, que la existencia de macro-esquemas discursivos se deduce de la necesidad de hacer operativos, de forma conjunta, los dos principios de Coherencia y Economía discursiva. También se puede concluir, en virtud de ambos principios, que el macro-esquema propuesto es probablemente (sin que ello suponga negar la existencia de otros, como los de organización textual) el más genérico. Esto se debe a que se fundamenta en una estructura global de planes+objetivos, la cual es aplicable siempre que existan visos de una acción intencional. Como el macro-esquema incluye información de tipo circunstancial sobre personajes, lugar, tiempo global y acontecimientos, es posible postular activaciones parciales del mismo para dar cuenta de discursos de tipo expositivo o descriptivo, con la ventaja de que, si surge de forma imprevista el elemento de intencionalidad, éste se puede acomodar rápida y económicamente al macro-esquema. De todas formas, donde no parezca posible, por el carácter del discurso, una activación macro-esquemática (como puede

ocurrir, por ejemplo, en una entrada enciclopédica o en el enunciado de un teorema), el hablante recurrirá a la información micro-esquemática.

Para terminar, nos referiremos brevemente a la división -realizada en función de su contenido- entre micro-esquemas del tipo A(b) y A→B, a los que denominaremos respectivamente *esquemas sustantivos* y *esquemas predicativos*. La forma A(b) simboliza el tipo de conceptualización consistente en un núcleo prototípico más una periferia. Por tanto, nos hace pensar en un esquema como una unidad conceptual abierta, con un número de rasgos determinable en el discurso. La forma A→B simboliza normalmente un verbo del sistema léxico y, en general, cualquier predicación con independencia de su manifestación superficial (por ejemplo, como nombre más adjetivo). Por →, por tanto, se entiende una acción, proceso o estado.

Esta división tiene la ventaja de permitirnos elaborar una representación proposicional basada en predicados y argumentos de la información discursiva (tanto explícita como inferida), con lo que además nos es posible incorporar la teoría de los esquemas a una semántica lingüística controlada por la activación de principios pragmáticos. Por ejemplo, podemos representar (9) como sigue:

- P1 Peter (C1)
- P2 go (C1, L, T1)
- P3 restaurant (L)
- P4 [hungry] (C1)
- P5 eat (C1)
- P6 [goal of] (C1, P5)
- P7 [cause of] (P4, P6)
- P8 waiter (C2)
- P9 bring (C2, C1, O1, T2)
- P10 menu (O1)
- P11 [cause of] (P4, P9)

donde P= proposición, C = personaje, O = objeto, L = lugar, T = tiempo. Entre corchetes hemos marcado toda preposición no explícita en el texto.

Cada proposición denota un estado de cosas respecto a un mundo posible que viene a ser identificable con el contexto de información mental al que en la figura 2 (del apartado 1) hemos denominado «representación de significado negociado».

#### 4. CONCLUSION

El lector habrá podido comprobar, a pesar de que se ha evitado entrar en cuestiones de detalle, que el paradigma «esquemático-procedimental» es decisivo para una teoría del discurso que dé cuenta cabalmente de có-

mo se perfila la relación conocimiento/lenguaje, tanto desde un punto de vista cognitivo como pragmático. Por otra parte, se ha puesto de manifiesto también el hecho de que la pragmática tiene mucho que decir no sólo, como tradicionalmente se le ha venido asignando, sobre la relación lenguaje/usuario o lenguaje/contexto, sino que un estudio teórico adecuado de sus principios operativos tal como se manifiestan en el comportamiento humano, puede arrojar mucha luz sobre cuestiones de índole psicolingüística. Así, hemos podido ver la aplicabilidad del estudio de los principios discursivos para postular sistemas de estrategias y posibles modos de almacenar el conocimiento así como de hacerlo operativo.

Es nuestro deseo que este estudio, realizado intencionadamente de forma que cubriera un buen número de aspectos del hecho discursivo, aun a costa de proporcionar sólo un cuadro a grandes rasgos, haya sugerido al lector nuevas posibilidades de exploración del fenómeno.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Aunque los principios que determinan la naturaleza de este paradigma serán objeto de estudio en las siguientes páginas, podemos adelantar que éste se fundamenta en la distinción, propugnada por algunos psicólogos cognitivistas, entre los modos de conocimiento declarativo y procedimental (véase infra, apartado 1). Como veremos, el primero es un conocimiento equiparable a una base de datos organizada por el individuo en unidades que, en algunas teorías, se denominan esquemas. El segundo, es un conocimiento operativo respecto a como acceder a la información esquemática.

<sup>2</sup> En ocasiones uno de los defectos de enfoque de la lingüística del texto ha sido el de restringir su ámbito explicativo a la cohesión textual. Esta cuestión ha sido ampliamente tratada por Widdowson (1979). La cohesión textual no es sino un síntoma superficial de las relaciones de coherencia, siendo éstas el motor del discurso, como más adelante se explicará. En éste sentido véase Ojal (1982).

<sup>3</sup> Véase por ejemplo, Anderson & Paulson (1977); Graesser & Mandler (1975). Existen situaciones en las que, sin embargo, es importante retener la estructura superficial, como en el caso de conversaciones (Bates, Masling & Kintsch, 1978).

<sup>4</sup> Véase Winograd (1980).

<sup>5</sup> Leech (1983: 57) también critica la función textual en términos similares.

#### BIBLIOGRAFIA

- Anderson, J. R. & Paulson, R. 1977. «Representation and retention of verbatim information». *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 16, 439-51.
- Anderson, J. R. 1983. *The Architecture of Cognition*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Bates, E. Masling, M. & Kintsch, W. 1978. «Recognition memory for aspects of dialogue». *Journal of Experimental Psychology: Human Learning and Memory*, 4, 187-197.

- Brown, G. & Yule, G. 1983. *Discourse Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dik, S. C. 1978. *Functional Grammar*. Amsterdam: North-Holland.
- Dik, S. C. 1989. *A Theory of Functional Grammar*. Dordrecht: Foris.
- Graesser, A. C. & Mandler, G. 1975. «Recognition memory for the meaning and surface structure of sentences». *Journal of Experimental Psychology: Human Learning and Memory*, 104, 238-248.
- Graesser, A.C. 1981 *Prose Comprehension Beyond the Sentence*, New York: Academic Press
- Grice, H. P. 1975. «Logic and conversation», in Cole, P. & Morgan, J. L. (eds.). *Syntax and Semantics. Vol 3. Speech Acts*. New York: Academic Press. Reeditado en Davis, S. (ed.). 1991. *Pragmatics: a Reader*. New York, Oxford: Oxford University Press.
- Halliday, M. A. K. 1978. *Language as Social Semiotic. The Social Interpretation of Language and Meaning*. London: Edward Arnold.
- Halliday, M. A. K. 1985. *An Introduction to Functional Grammar*. London: Edward Arnold.
- Halliday, M. A. K. y Hasan, R. 1976. *Cohesion in English*. London and New York: Longman.
- Lakoff, G. 1987. *Women, Fire, and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Minds*. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- Leech, G. 1983. *The Principles of Pragmatics*. London: Longman.
- Minsky, M. 1975. «A framework for representing knowledge», in Winston, P. H. (ed.). *The Psychology of Computer Vision*. New York: McGraw-Hill.
- Otal, J.L. 1982. «Análisis del discurso: Evolución y estado actual de la investigación», *Miscelánea*, 2, Universidad de Zaragoza
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. J. 1991. «On the role of the concept of transitional capacity in understanding second language learning». *Actas del VII Encuentro de Profesores de Inglés de Aragón*; en prensa.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. J. 1993. «Esquemas, procedimientos y operatividad discursiva», en Manchón, R. & Bruton, A. (eds.). *Serie sobre Estrategias de Aprendizaje y Uso del Lenguaje* 1, Universidad de Murcia, pp. 33-44.
- Rumelhart, D. E. & Norman, D. A. 1985. «Representation of knowledge», in Aitkenhead, A. M. & Slack, J. M. (eds.). *Issues in Cognitive Modeling*. Hillsdale, NJ.: Lawrence Erlbaum.
- Rumelhart, D. E. 1975. «Notes on a schema for stories», in Bobrow, D. G. & Collins, A. (eds.). *Representation and Understanding*. New York: Academic Press.
- Schank, R. C. & Abelson, R. P. 1977. *Scripts, Plans, Goals and Understanding. An Inquiry into Human Knowledge Structures*. Hillsdale, NJ.: Lawrence Erlbaum.

- Seifert, C.M., Robertson, S.P. & Black, J.B. 1985. «Types of inferences generated during reading», *Journal of Memory and Language*, 24, 405-422
- Slobin, D. I. 1966. «Grammatical transformations and sentence comprehension in childhood and adulthood». *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 5, 219-227.
- Sperber, D. & Wilson, D. 1986. *Relevance. Communication and Cognition*. Oxford: Basil Blackwell.
- Stein, N. L. & Glenn, G. G. 1979. «An analysis of story comprehension in elementary school children», in Freedle, R. O. (ed.), *New Directions in Discourse Processing*. Vol 2. Norwood, NJ.: Ablex.
- Thorndyke, P. W. 1977. «Cognitive structures in comprehension and memory of narrative discourse». *Cognitive Psychology*, 9, 77-110.
- Widdowson, H. G. 1979. *Explorations in Applied Linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- Widdowson, H. G. 1984. *Explorations in Applied Linguistics 2*. Oxford: Oxford University Press.
- Widdowson, H. G. 1990. *Aspects of Language Teaching*. Oxford: Oxford University Press.
- Winograd, T. 1980. «What does it mean to understand language?». *Cognitive Science*, 4, 209-241.
- Winograd, T., 1977. «A framework for understanding discourse», in Just, M. A. & Carpenter, P. A. (eds.), *Cognitive Processes in Comprehension*. Hillsdale, NJ.: Lawrence Erlbaum.